

Belén, un asilo para mujeres.

El malestar de lo femenino

*Humbelina Loyden**

EN EL ÚLTIMO AÑO DEL MILENIO se presentó en México la obra de teatro *Las horas de Belén*, con una puesta en escena de la compañía de teatro estadounidense Mabou Mines. Fue dirigida por Ruth Maleczech y protagonizada por Jesusa Rodríguez y Catherine Sasanov, en el marco del Décimo quinto Festival del Centro Histórico. Jesusa Rodríguez tomó como escenario el lugar donde hace trescientos años Sor Juana Inés de la Cruz combatiera con poemas sus cadenas en el templo de San Jerónimo, hoy Claustro de Sor Juana.

Catherine Sasanov rompió el silencio para dar a conocer las historias de dolor y represión que en el siglo XVII vivieron las mujeres que albergaba la casa-refugio de Belén, fundada en 1683 por tres sacerdotes con la consigna de “salvar a las mujeres de los demonios que por naturaleza siempre atraen”. El recogimiento de Belén —ubicado tan sólo a unos pasos del Claustro de Sor Juana, donde ahora es el registro civil— recibía tanto a huérfanas, viudas y actrices en decadencia como a esposas abandonadas y prostitutas. Pero el ingreso tenía una condición: una vez que habían aceptado entrar a Belén les era imposible salir. Algunas mujeres se adaptaban a ese tipo de vida, otras se revelaban, enloquecían o se suicidaban. Algunas, se sabe, lograron escapar (*La Jornada*, 3/03/2000).

En entrevista para el periódico *La Jornada*, Jesusa Rodríguez denuncia: “El tema me interesó muchísimo porque estoy desesperada topándome con las paredes; más allá de las brutalidades económicas que están ocurriendo en México, la violación y la muerte de mujeres ya no deben ser admitidas. No debemos permitir que nos respondan las autoridades con que los asesinatos de mujeres en la frontera norte, en Ciudad Juárez, repre-

* Profesora-investigadora. Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

sentan los índices normales de mortalidad”. Jesusa hace referencia al escándalo suscitado por los asesinatos en serie de 182 mujeres, con poca o nula atención por parte de las autoridades para llevar a cabo las investigaciones correspondientes. Se sospecha que posiblemente estén involucradas, pues se supone que se trata de una lucrativa empresa de filmaciones pornográficas. En *Las horas de Belén*, Jesusa Rodríguez representa a la mujer contemporánea, harta de la represión.

El malestar de lo femenino

A Belén, Fernando Benítez lo bautizó con el nombre de “castillo de la pureza”. En su libro *Demonios en el convento. Sexo y religión en la Nueva España*, este escritor y periodista relata —con la fina ironía que siempre caracterizó a su persona y a su escritura— los sufrimientos y avatares que a causa de las mujeres pasaron los tres santos padres de la iglesia: Aguiar, Pedroza y Barcia en el siglo XVII. A propósito de la vida de Sor Juana Inés, en uno de sus capítulos Benítez hace referencia a estos “salvadores de almas”, describiendo su forma de pensar acerca de las mujeres y su consigna, llevada al extremo, de “salvarlas de los demonios”; por último, alude a la decisión del padre Barcia de construir el asilo.

Podríamos preguntarnos ¿a qué viene ahora esta historia de la construcción de Belén?, ¿qué tiene que ver lo sucedido en épocas tan remotas con nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI, pertenecientes a la era del ciberespacio y del cibersexo? No podemos más que reconocer que los avances científicos y tecnológicos del siglo veinte resultan impresionantes. Sin embargo, en lo concerniente a la doble moral y a las mujeres se puede afirmar, sin temor a equivocarse por un margen importante de error, que el discurso y las formas de pensamiento a las que se hará referencia como parte de la cultura dominante del siglo XVII son vigentes para algunos sectores de la población mexicana.

El discurso actual opusdeista, el de Pro-vida y de algunos grupos religiosos fundamentalistas y atrasados, tiene mucho en común con el discurso que describe Benítez; y no dudaría en afirmar que la semejanza es la misma con los fundamentalismos de todos los rincones del planeta, como puede ser el musulmán, en sus propias modalidades culturales, desde luego.

Un discurso se materializa en palabras, pero encarna en instituciones e impulsa y sostiene la acción. El episodio sobre el padre Barcia pone en evidencia la conflictiva relación de los varones con la "feminidad"; esto es, permite constatar "ese malestar de lo femenino" que se manifiesta en una cultura producto de la estructura patriarcal. Pero además, este mismo episodio muestra el soporte institucional que otorga la hegemonía masculina a una forma de "delirio misógino". He aquí un fragmento del relato literario-documental de Benítez:

Don Francisco Aguiar y Seixas, que ocupó la silla arzobispal de México en 1682, cuenta que, de hecho, sus verdaderos tormentos iniciaron cuando el rey le ofreció la ya muy importante Mitra de Michoacán, porque en España nunca trató a una mujer y su nuevo cargo podía obligarlo a visitarlas... Este género de horror y aversión a las mujeres fue cosa de toda su vida y resulta difícil de explicar... ¿Cómo guardaba su castidad el arzobispo de Seixas? Con mortificación, penitencias y alejamiento de las mujeres... Dormía en el suelo, se azotaba y andaba secretamente cargado de silíceos... afirmaba que la lujuria era la gran flota del infierno y rogaba que no se visitasen mujeres sin grave causa y que, aun siendo forzada la visita, no se les había de mirar a la cara... Este odio hacia las mujeres y su deseo ardiente de eliminarlas era compartido con algunos miembros de su clero... pensó en construir un asilo, no que fuera una cárcel, no, sino algo más vasto, un lugar en donde encontraran refugio no sólo las mujeres pobres en peligro de hacerse ramera sino las livianas e indecentes, así como las arrepentidas y, en general, el mayor número de mujeres, ya que eran la causa principal del pecado... Domingo Pérez de Barcia, a los treinta años, con fama de santo, había experimentado el poder irresistible de las mujeres y la influencia que éstas ejercían sobre los hombres. Las consideraba tan peligrosas que aspiraba a encerrarlas o suprimirlas... *otro santo varón era* Don Juan de la Pedroza, un joven ascético a quien obsesionaba el deseo de salvar a las mujeres... comprendemos que era fatal el encuentro del arzobispo Aguiar con Barcia, y Pedroza. Aguiar deseaba limpiar su vasta arquidiócesis, sobre todo de mujeres... Barcia comprendió que había llegado la hora suprema de su vida y que él, tan indigno y miserable, era el elegido del Señor para edificar un castillo de la pureza... Belén poco a poco fue cobrando el

aspecto de una fortaleza. Al principio, sin terminarse el adoratorio, Barcia conducía a sus mujeres a la iglesia cercana. Debió constituir un espectáculo nada común el desfile de cuarenta o cincuenta mujeres encabezadas por un sacerdote harapiento... La gente socarrona llamaba al rebaño "el ganadito del padre Barcia"... Pero terminada la capilla, las mujeres no pisaron jamás la calle. Belén rebosaba de mujeres, y Barcia, llevado por su furor ascético, dictó leyes draconianas y un sistema de disciplina ni siquiera aplicable a los conventos de monjas... Con el pretexto del sol y la lluvia, decidió tapiar puertas y ventanas, lo que revelaba su intención de convertir a Belén en una cárcel... El temor de que las mujeres escaparan lo llevó a perder enteramente la razón... Desde luego estaba satisfecho y se creía el elegido del Señor para realizar esa inmensa tarea de purificación, nunca antes emprendida. Tenía la convicción absoluta de que Dios protegía su santa empresa (1991:95 y ss.).

Un final trágico; algunas reflexiones

Todo poder genera resistencia. Es así como en este castillo de la pureza, en lo que se constituyó Belén, no tardó en producirse una serie de protestas. Las mujeres encerradas comenzaron por atacar e injuriar al Santo Padre, quien a manera de respuesta duplicaba los rezos y las penitencias. En una ocasión, durante el tiempo de oración, una de las mujeres se presentó desnuda ante los ojos del padre. Esto lo trastornó de tal manera que lo llevó a pensar que se trataba de una obra del demonio. El demonio, decía, se infiltraba por la parte más débil, es decir, por medio de las mujeres. Se hablaba entonces de posesiones diabólicas, se practicaban exorcismos. El asunto concluyó con amotinamientos y con la decepción y el definitivo quebrantamiento de la salud mental y espiritual del padre Barcia.

En un contexto místico religioso, el fantasma redentor pulsa a los varones para acudir en auxilio de las mujeres, de las pecadoras, para redimirlas, para salvar su alma. La redención aparece aquí como un imaginario construido a partir de principios narcisistas, de cumplimiento de deseos; de perspectivas de omnipotencia. Hasta puede hablarse de la indudable ganancia narcisista de colocarse en el lugar del bueno, del salvador, con el consabido goce que comporta el acto sacrificial.

En la subjetividad de los varones, la masculinidad se entreteje con una determinada concepción de “lo femenino”. Feminidad y masculinidad, en tanto construcciones culturales binarias, surgen de un solo y mismo tronco: el discurso falocéntrico. Cabe preguntarse ¿qué deseos, miedos, angustias, necesidades, necedades inconscientes de los varones anudan en esas palabras ancestrales, míticas, mitificantes y repetitivas que hablan de lo femenino?

No es tarea sencilla dilucidar sobre las conexiones que existen entre la psique individual y el orden socio-simbólico, o bien tratar de desentrañar el funcionamiento de las formas imaginarias y fantasmáticas que inciden en la construcción de una cultura y de un discurso desde siempre misógino y sexista. Sin embargo, es posible hacer algunas conjeturas, intentar por algún lado bordear el asunto. Uno de los sesgos por donde se puede tener un acercamiento al tema es el psicoanalítico. Este enfoque no pretende excluir del análisis los factores relevantes de la estructura social y de género determinados históricamente. Éstos imprimen de manera objetiva una dirección y una modalidad a las condiciones de vida de las mujeres en los diferentes estratos sociales, en las diversas etnias y culturas. Pero en otro orden de cosas están los mitos, los fantasmas con los que desde la antigüedad se recubren los imaginarios que una cultura vehiculiza como concepción de lo femenino y que, de alguna manera, recubre a las mujeres.

Míticamente, lo “femenino” queda asociado con un polo negativo, el del mal, y esto proporciona un terreno fértil a la generación de un discurso paranoide que habla de la impureza de la mujer, tachándola de pecadora. La concepción del mal proviene de manera arcaica desde la antigüedad: la mancha, lo impuro, lo sucio, lo abyecto, lo que contagia por contacto. Se trata del tradicional dualismo ético traspuesto al terreno de las relaciones entre alma y cuerpo, y al cual Descartes dio su forma más acabada, como lo señala Assoun (1989:48).

La tradición judeocristiana se rige por el dualismo del “arriba y el abajo”, lo luminoso y lo oscuro, el bien y el mal, el angelismo y el demonismo. Esta cosmovisión sienta las bases de una doble moral y en ésta, la mujer aparece como virtuosa o como pecadora. Contaminación-purificación, santidad-pureza, mancha-pecado son los campos semánticos que acotan esta concepción maniqueísta de lo femenino. Como bien dice Assoun (1994),¹ “la mujer” aparece fantasmáticamente como naturaleza a contro-

¹ En el capítulo VII Assoun trabaja el tema de la mujer como síntoma de la *Kultur*.

lar, como una figura de nuestra cultura; es decir, como síntoma que la "moral sexual civilizada" causa al deseo individual.

La hostilidad hacia las mujeres proviene de ese "femenino" asociado con el mal, se relaciona con un horror más general hacia la carne y el "pecado". Hay un terror al contagio y por lo mismo al contacto con ellas. Dentro del antagonismo fundamental del bien y del mal, el orden social patriarcal crea toda una fantasmática de lo femenino; antagonismo en torno al cual se estructura el campo social-ideológico de la feminidad.

Para el psicoanálisis, esta configuración paranoide de lo femenino genera un malestar en la cultura y proviene de una disociación de la figura femenina a partir de los profundos procesos efectuados en el psiquismo del varón, causando estragos y degradación, como especifica Freud (1912) en la psicología de la vida amorosa. La figura femenina es enaltecida o degradada. Este autor nos dice que este fenómeno tan frecuente en la vida de los humanos se explica por el enfrentamiento que se produce —en el inconsciente del varón— entre la imagen de la madre y la prostituta. Hay una escisión pulsional entre ternura y sensualidad. Dicha escisión coloca al sujeto en un no saber, en un desconocimiento sobre su propio discurso. Desde la teoría lacaniana (y desde luego siguiendo a Freud), lo anterior se explicaría como efecto de la Ley, del interdicto, es decir, de la ley de prohibición del incesto, esa represión originaria conceptualizada por Freud que separa, escinde, divide al sujeto. El interdicto introduce el carácter impuro de la sexualidad y del cuerpo. Introduce el tabú y lo sagrado que rodean míticamente al cuerpo femenino.

El lenguaje es constituyente y estructurante de la subjetividad; la dualidad de lo femenino tiene que ver con una estructura lingüística y subjetiva, con un lenguaje falocéntrico. La mujer (esa que nos dice Lacan) no existe; para el varón ocupa el lugar del "Otro" absoluto. Ese "Otro" hostil. Escisión propia del sujeto como efecto del lenguaje, en tanto hablante (*parlêtre*).

Es así como lo impuro es algo que "cae" del sistema simbólico, escapa a la racionalidad, al orden lógico sobre el que reposa el conjunto social. Punto ciego que perturba e inquieta, que mueve a culpa. En una relación de especularidad, el varón transfiere y coloca en la mujer el pecado y la culpa, le adjudica el mal, en una estrategia inconsciente de extirpación de su propia miseria. La mujer es depositaria del lugar por donde el sujeto puede escapar y vivir su redención.

De este modo, la situación se vuelve manejable, a quien hay que controlar ahora es a ella, a la mujer. Se la encierra, se la encarcela o se la domestica. También se la "respeta", en el sentido de poner distancia, como lo señala por Sarah Kofman (1982). Prevalece una necesidad de dominio de las pasiones; se requiere tener la ilusión de que las situaciones pueden ser regidas por un gobierno racional, de que es posible armonizar los antagonismos.

Se trata de un intento de limitar, de canalizar, de cultivar este desequilibrio, este núcleo traumático que genera dentro de la cultura "el malestar de lo femenino", pues "el orden simbólico está estructurado en torno a alguna imposibilidad traumática, en torno a algo que no puede ser simbolizado" (Žižek, 1992:170).

Ciertos acontecimientos recientes en México, nos llevan a preguntarnos acerca de la relación que éstos pueden tener con esa conflictiva vivencia de lo femenino que, a través de los siglos, como "duro núcleo ideológico" resulta difícil de remover. Como ejemplo tenemos la prohibición, por el alcalde de Aguascalientes, de la entrada de menores de edad a una muestra artística que exhibía desnudos femeninos. En esta misma entidad, la Unión Nacional de Padres de Familia (UNPF) coordinó a todo un ejército de inspectores de la moral pública para denunciar cualquier manifestación social y/o artística que atentara en contra del pudor (Monsiváis, 1997). La prohibición de las minifaldas por parte del alcalde de Guadalajara, etcétera. En todos los casos citados se trata del cuerpo de la mujer, de sus obscenidades e impurezas que deben cubrirse para no incitar al pecado. La pecadora es un engendro de la cultura misógina de todos los tiempos.

Muestra de ello es el reciente escándalo detonado porque un conocido padre de familia calificó de inconveniente que una profesora hubiera puesto a leer a sus alumnos la novela *Aura*, de Carlos Fuentes, que culminó con el despido y expulsión de la profesora. En el actual contexto político esto es preocupante, puesto que han tomado fuerza los grupos religiosos fundamentalistas en México; de hecho, consideran que el capital político logrado por Fox durante las recientes elecciones debe incorporar una estrategia contraria a los avances logrados hasta ahora mediante las luchas por una equidad en lo educativo, lo social, lo económico, lo político, etcétera.

En el contexto internacional, alarman los horrores que viven en la actualidad las mujeres de Afganistán. Desde que los Talibanes alcanzaron el poder en 1996, la mujer se ha visto obligada a llevar la "burqua" (prenda

T E M Á T I C A

que le cubre el cuerpo por completo) y ha sido apaleada y apedreada en público si no lleva el atuendo apropiado. A la mujer no se le permite dejarse ver en público sin un pariente de sexo masculino. La mujer profesionalista, la traductora, la médica, la artista, ha sido forzada a abandonar su lugar de trabajo. Aterroriza lo que ahora sucede en esa sociedad islámica extremista.²

Los binomios santidad-pureza, mancha-pecado se sostienen en un discurso que recibe soporte dentro de un aparato ideológico-religioso-institucional y éste se reactualiza en cada época y sistema social, en ese punto en donde lo ancestral se repite de generación en generación y se anuda en el inconsciente de los sujetos.

Desde la experiencia de la clínica psicoanalítica se constata que, en las diferentes estructuras clínicas (o cuadros psicopatológicos), el *malestar de lo femenino* presenta diversas manifestaciones, ya sea en la neurosis, en la psicosis o en la perversión.

Como ejemplo, es posible diferenciar entre el fantasma redentor del varón neurótico y el pasaje al acto en lo real del psicótico. Para el obsesivo hay una formación fantasmática paranoide de una feminidad que lleva a los hombres a la perdición. En la neurosis obsesiva, padecimiento fundamentalmente masculino, el punto traumático gira alrededor de una supuesta existencia en el *Otro* (la otra, una mujer) de un goce (*jouissance*) insoportable, ilimitado; la apuesta de toda su frenética actividad consiste en proteger, salvar a ese *Otro* de su goce (a él o a ella, en nuestro caso es a ella) (Slavoj, 1992:242). El obsesivo se propone, como el *redentor*, conducir a la mujer hacia el buen camino y hacer de ella una santa; intenta salvar su alma. La mujer juega el juego. La histérica, para hacerse amar, dice: “¿Quieres que sea santa? Seré santa”. La complicidad es evidente.

El psicótico elabora un deliro y en un pasaje al acto edifica en lo real un “castillo de la pureza”. En este caso hay dos posibilidades: una, similar a la del caso del padre Barcia, que encierra a las mujeres a fin de circunscribir y controlar el mal. En la segunda puede ser que decida él mismo el encierro con su compañera. Ella (una mujer) delira con él, formándose una *folie à deux*. Ahí dentro, él mismo es Dios y hace la Ley. Protegidos por los muros del castillo, la corrupción queda expulsada, detrás de la puerta ta-

² Denuncia que aparece en una página de correo electrónico sobre el “Genocidio femenino en Afganistán”. Dirigido a la autora de este artículo el viernes 11 de mayo del 2001.

piada. Un caso real, acaecido en México en la década de los cincuenta y hecho película a partir de un guión de José Emilio Pacheco, precisamente lleva el nombre de *El castillo de la pureza*.

Bibliografía

- Assoun, Paul Laurent (1989), *El perverso y la mujer en la literatura*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- (1994), *Freud y la mujer*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Benítez, Fernando (1991), *Los demonios en el convento. Sexo y religión en la Nueva España*, Era, México.
- Freud, Sigmund (1912), “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa” (1912), tomo XI, *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.
- Kofman, Sarah (1982), *Le respect des femmes*, Galilée, París.
- Monsiváis, Carlos, “Por mi madre, bohemios”, *La Jornada*, 10 de abril de 1997, México.
- Zizek, Slavoj (1992), *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, México (Primera edición en inglés, 1989).